



Los orígenes de la ciudad de Barcelona, que se han podido establecer gracias a los restos arqueológicos y las fuentes literarias y cartográficas, se remontan al siglo I a.C., cuando los romanos establecieron una pequeña colonia alrededor del monte Táber. Barcino entraba, así, a formar parte de la Hispania citerior, cuya capital era Tarraco.

En Cataluña las ciudades romanas eran pequeñas - a excepción de Tarraco- pero formaban una red densa bien comunicada que cubría todo el país. Unas se formaron sobre antiguos poblados ibéricos y otras, como es el caso de Barcelona, desplazaron el enclave indígena hacia zonas llanas de fácil defensa, o sobre posiciones claves entre dos ríos en sitios elevados.

Por los alrededores de esta ciudad llamada Barcino se han encontrado también restos de antiguos establecimientos indígenas, incluso de la época del final bronce. En cambio, los restos de las dos murallas romanas muestran claramente que fue la colonia romana del monte Táber el primer núcleo urbano estructurado de toda la llanura. Un núcleo que se mantendría amurallado -con varios trazados- hasta bien entrado el siglo XIX, cuando el plan Cerdà del ensanche derribaría las últimas murallas para iniciar la urbanización del resto de la llanura, donde habían prosperado otros núcleos urbanos como Sants, Gràcia o Sant Martí de Provençals.

Barcelona, como el ideal renacentista, surgió de la expansión medieval como una ciudad que había llegado a sus límites espaciales y que, en estos largos siglos de estancamiento, se disponía a ordenar su tejido urbano y, también, su tejido social.

Si las murallas del siglo XIII habían resguardado las "Villas nuevas" creadas fuera del recinto romano, a partir del siglo XIV Barcelona protegió, nuevamente con un tercer tramo de muralla los campos de cultivo del Raval.

En el interior del nuevo perfil urbano, cuando la corte se había alejado de sus puertas y el Mediterráneo se hacía pequeño frente al comercio del Atlántico, la Barcelona consolidada erigió la ciudad gótica alrededor del estructurado centro geométrico y político de la plaza Sant Jaume, mientras aparecía con fuerza la ciudad artesanal alrededor de Santa María del Mar, en el barrio de La Ribera, que convertiría a Barcelona en una ciudad de mercaderes, navegantes, comerciantes y profesionales. Era una ciudad participativa, corporativa y selectiva. Era la Barcelona de los gremios.

Desde la proclamación de la Constitución de Cádiz de 1812 hasta la República de 1873, Barcelona participó de las distintas convulsiones sociales y políticas que se vivieron en todo el Estado. Fueron años de alborotos, huelgas, tumultos, incendio de conventos, bombardeos y otras confrontaciones que denotaban las fuertes tensiones que convivían en la ciudad.

La ciudad pasó de capital de provincia en 1833 a ser gobernada por Juntas Provisionales y Revolucionarias y por Comités de Salvación Pública a lo largo del siglo.

A pesar de todo, la misma conflictividad de la ciudad apareció con nuevos cambios que la transformarían radicalmente, cuyos símbolos más evidentes fueron el derribo de las murallas, que aún resguardaban la ciudad, cosa que permitió el ensanchamiento, la agregación de las ciudades vecinas y la destrucción de la ciudadela militar para acoger la Exposición Universal de 1888. También se iniciaron en el interior del recinto amurallado las reformas urbanísticas dirigidas a solucionar la degradación y la falta de espacios públicos.

La ciudad industrial que era Barcelona -era "la pequeña Manchester"- inauguró el primer ferrocarril en 1848, efectuó las desamortizaciones de los bienes eclesiásticos y acogió la fundación de los sindicatos UGT en 1888 y CNT en 1910.

La "Febre d'or" de finales de siglo dio paso a compañías como la Transatlántica o Crédito y Docks y el renacimiento cultural acogió la restauración de los Juegos Florales y la emergencia del catalanismo político y de la creación literaria.

Barcelona (en [catalán](#) [bərseˈlɔne]) es una ciudad situada en el nordeste de [España](#), capital de [Cataluña](#), de la [provincia homónima](#) y de la comarca del [Barcelonés](#). Se ubica a orillas del [mar Mediterráneo](#), unos 120 km al sur de la cadena montañosa de los [Pirineos](#) y de la frontera con [Francia](#), en una llanura limitada por el mar al este, la [Sierra de Collserola](#) al oeste, el [río Llobregat](#) al sur y el [río Besòs](#) al norte. Por haber sido capital del [Condado de Barcelona](#), se suele aludir a ella con la denominación de *Ciudad Condal*.

Con una población de 1.615.908 habitantes ([INE 2008](#)), Barcelona es la segunda ciudad española más poblada y la décima de la [Unión Europea](#). El [Área Metropolitana de Barcelona](#), integrada por 36 municipios, tiene una población de 3.186.461 habitantes y una [superficie](#) de 636 km². El Área metropolitana de Barcelona es la delimitación como núcleo urbano definida oficialmente, sin embargo ésta estaría incluida en la [Región urbana de Barcelona](#), que se extendería por todo el área de influencia de la ciudad, con 4.928.852 (INE 2008) habitantes con una densidad de población de 1.523 hab/km².^[3]

Barcelona ha sido escenario de diversos eventos mundiales, que han contribuido a configurar la ciudad y darle proyección internacional. Las más relevantes han sido la [Exposición Universal de 1888](#) y [la de 1929](#), y los [Juegos Olímpicos de verano de 1992](#). Es también sede del secretariado de la [Unión por el Mediterráneo](#).^[4]

Comer,

beber,

leer...

Es bien sabido que a lo largo del siglo XIX, y aún en la primera mitad del XX, los cafés tuvieron una importancia capital en el ambiente literario de Madrid. En Barcelona, en cambio, frecuentar bares o cafés no estaba bien visto; los escritores, pocos, trabajaban en casa, y en las casas se reunían grupos de amigos y hacían lecturas, representaciones teatrales y, ya a finales del XIX, se apasionaron por las sombras chinas (moda que viene a ser algo así como la Edad de Piedra del cine). Hasta que llega el gran acontecimiento que dará un vuelco físico y moral a la ciudad y a sus gentes: la Exposición Universal de 1888. En esos años se abrirán nuevos teatros, y tanto la burguesía ilustrada como la más sencilla clase obrera encontrará en los cafés el espacio ideal para charlas y tertulias, compuestas casi al completo por hombres, sólo hombres. ¿Alguien ha leído o escuchado que un escritor del país, uno sólo, escribiera en los cafés? Si encontramos alguno, seguro que podemos situarlo en la posguerra. Precisamente, a principios de los sesenta, se abrió en la calle de Balmes, junto a la plaza Molina, un bar-librería cuya fama llegó casi a mítica: Cristal City. Ahí se podían consultar, leer y comprar las últimas novedades editoriales, saboreando un café o tal vez un whisky, brebaje que empezaba a ganar el favor popular. Tiempos en que bares y cafeterías solían ser espaciosos y tenían rincones tranquilos y discretos, en los del Cristal, como sabían muy bien los asiduos, se podían leer los libros de la editorial Ruedo Ibérico, prohibidísimos durante la dictadura franquista. Antes de desaparecer, el local ya había perdido su encanto hacía muchos años, y ha dado paso a un Tapasbar, lo que da pie a una pregunta insidiosa: ¿Acaso hemos perdido la afición a la lectura para entrar a saco en la del tapeo, tan contraria a las morigeradas costumbres de los barceloneses de antaño? Por fortuna, el Cristal tiene algunos sucesores, aunque con un aire menos relajado, más dinámico, propio de los nuevos tiempos, dominados por ese gran enemigo de la lectura que es la prisa. Así, por ejemplo: Laie (Pau Claris, 85, tel. 933 027 310) un multiespacio que aúna librería y cafetería-restaurante, con bufé de desayunos y meriendas, y un horario amplísimo: de 9 a 1 h (excepto lunes, de 9 a 21 h, y domingos y festivos, cerrado), con cocina abierta de 13 a 24 h.

DEL GÒTIC AL BORN

Junto a la plaza de la Catedral está Nostromo (Ripoll, 16, tel. 934 122 455), un bar-restaurante con menús a 9 € al mediodía, y cenas con reserva por la noche, que está abierto de 13.30 h hasta la madrugada (domingos, cerrado; festivos no se sabe). Ya en sus inicios, hace catorce años, y de manera espontánea, empezaron las tertulias, las presentaciones de libros y la lectura. El nombre está prestado de una novela de Joseph Conrad, y su propietario, Cecilio Pineda, que se confiesa el primer auto-cliente, ofrece un surtido de libros donde dominan los temas marinos, y el libro de poemas "Mar de amores", del que es autor, y el único que está a la venta. Grande en su sencillez, desde hace una década el local convoca un premio literario dedicado a la navegación y los océanos. Muy cerca ha abierto Antropològic (Palla, 10, tel. 933 427 828, abierto de 10 h a 21 h), una tienda de ropa con cafetería. El local es amplio, tiene un buen número de mesas, y un par de estanterías donde se amontonan libros de lance, para comprar o para leer in situ, con una especial predilección por la geografía y los viajes. Cruzamos Via Laietana y nos adentramos en los alledaños del Born, tal vez el barrio más vivo y, como tal, más cambiante, de la ciudad. Los negocios aparecen y desaparecen con una cierta facilidad, y así, ya no existen Idea, en la plaza Comercial, librería-café-internet-sala de conciertos, sustituido por un restaurante japonés, ni Rodko, que al menos ha dado paso a otro mini-espacio donde también se venera la lectura; Lil (Pou de la Cadena, 8, tel. 933 106 697) donde el surtido de libros es corto pero ecléctico, y tiene una cocinita informal donde se preparan tentempiés dulces y salados: pastelitos, bocadillos, ensaladas... Muy cerca está Aladern (Grunyí, 4, tel. 933 100 463), cafés-comidas-libros; sus propietarios, conocedores del barrio y sus posibilidades, limitan el horario a jueves y viernes, a partir de las 19 h, y sábados a partir de las 13 h, hasta la madrugada.

De camino a la Rambla, encontraremos una librería-café especializada en el mundo gay, Antinous (Josep Anselm Clavé 6, tel. 933 019 070, abierta de 10.30 a 14 y de 17 a 21 h, excepto domingos y festivos), abierta a todo tipo de presentaciones y festejos, tiene un sitio web muy cuidado para la venta por correo: www.antinouslibros.com y su dirección es correo@antinouslibros.com. Y a un paso, en Avinyó, el restaurante Pitarra, que es un verdadero museo de la vida y obra de Frederic Soler "Pitarra", considerado el padre del teatro catalán. Relojero de oficio, ahí tenía su establecimiento, y en la trastienda, la "rebotiga", se reunía con sus amigos para improvisar lecturas y representaciones (algunas tan secretas como para atreverse a leer un texto del que luego negaría su paternidad: Don Jaume el Conqueridor). Los recuerdos personales, fotografías, programas, premios y, por supuesto, las diferentes ediciones de sus obras llenan paredes y estanterías.

Barcelona, y eso es obvio, nunca ha sido una ciudad de tapeo. ¿Que ahora sí? Lo dudo, o mejor: no a la manera que el resto de los españoles entienden por tapeo. Por supuesto, el loco trajín que se trae la mayoría de los ciudadanos ha obligado a cambiar costumbres ancestrales. Pero el barcelonés, como buen catalán, ha sido hombre (o mujer, no se nos ofendan) de plato hondo y en la mesa. Únicamente con el vermut y la ración de aceitunas de los domingos se permitían algunos prescindir de la silla, obligada para los desayunos, que en casa o en la fonda eran siempre de cuchara. Y ya no digamos para comidas y cenas, sobrias y familiares. Sólo se salía a comer fuera del hogar en las grandes ocasiones o en las fiestas populares: la ciudadanía pudiente en las sillas burguesas del restaurante Martin o del bar-café-brasserie Maison Dorée; en el suelo, a la sombra de un árbol, en Montjuïc, Vallvidrera o Les Planes, obreros y menestrales. Pero todos sentados. El catalán siempre ha comido sentado. Los primeros barceloneses que vieron cómo las gentes de otras latitudes comían a pie de barra, quedarían boquiabiertos, seguro. Los recorridos multitudinarios por esas zonas llamadas de vinos (porque la tapa, en principio, es sólo el complemento al vino), que no faltan normalmente en ninguna población española, en Barcelona sólo han tenido, y después de la guerra civil, una imitación raquítica en la calle de la Mercè y alrededores, que en los años cincuenta y sesenta fueron feudo de la masa estudiantil, atraída por la facilidad del encuentro, la bullanga general y los precios módicos. Claro que esparcidos por la ciudad había ya algunos establecimientos donde se tapeaba, pero nadie decía: “Vamos de tapas”, sino “Vamos a tomar una cerveza” o “Vamos a tomar el vermut”.

Locales con historia

Éste es el caso de Los Toreros, que si no es centenario le falta poco, es un auténtico museo de la tauromaquia, y ofrece menús a base de tapas, son más de cincuenta, de lo más tradicional (calamares, buñuelos, callos...). O el Amigó frente al mercado de Sant Antoni, cuyas almejas se hicieron famosas; el bar Borrell, frente a El Molino, inaugurado como restaurante durante la Semana Trágica de 1909, o La Pansa, en la plaza de Espanya, ya desaparecido. En la Barceloneta, La Cova Fumada, que hace medio siglo creó “la bomba”, una bola de patata rellena de carne con picantes varios; El Vaso de Oro, donde presumen de tirar la cerveza como nadie en la ciudad, y Jai-Ca, con sus espinas de anchoa fritas... Ya en la zona del Born, el Xampanyet, donde el personal toma anchoas y bebe ese falso cava de nombre sospechoso, y el Mundial, en la plaza de Sant Agustí Vell. En Gràcia, el centenario El Roure y en Sarrià, Can Tomàs, un bar de barrio que se ha ganado justa fama con sus patatas bravas... ¿Cuántos, entre los imprescindibles, no hemos citado? La Bodega Sepúlveda, (con el “cap i pota amb rovellons” de toda la vida y el foie fresco que pide ahora cierta clientela), el bar Mañé, en la esquina de Borrell con Floridablanca... ¡Tantos!

Creo, y si alguien tiene una teoría mejor que la esponja, que en esta ciudad la costumbre del tapeo a pie (consolidado en la zona de la Mercè y también en los barrios de emigrantes) llegó cuando el pueblo llano alcanzó la gloria del marisco, cuyo precio exigía raciones escuetas. Porque si en los años cuarenta y cincuenta el sueño gastronómico del pobre era un buen jamón, en los sesenta empieza a soñar con el marisco, un bien tan escaso como las marisquerías, que durante años se redujeron a una: El Cantábrico, en la calle de Santa Ana; hasta ahí bajaba la jet más encopetada a comprar ostras y langosta: “Lo demás, para los pobres”, decían con suficiencia de expertos. Pues eso, los pobres empezaban a despertar, a soñar con el 600 y con una mesa mejor, y no le hicieron ascos a percebes y mejillones, navajas y quisquillas.

A partir de ahí, las cervecerías, bares y tascas que preparan surtidos de tapas empiezan a proliferar, pero no prescinden de las mesas ni ofrecen el vasito de vino con el género encima de éste; aquí, la clientela prefiere los platos y las raciones. Con los años ochenta, los vascos, antes minoritarios, empiezan a proliferar, y oímos hablar de “pintxos”, y luego de “montaditos”. Y ya al filo del nuevo siglo, llegan las minicocinas de diseño. ¿Qué nos espera mañana? Pero no nos engañemos: la proliferación de tabernas vascas ha propiciado la aparición de franquicias que de vascas solo tienen el nombre, y la proliferación de la gastronomía de diseño ha convertido las texturas comestibles en un misterio tan original y exótico como quieran, pero más peligroso que la invasión de productos chinos. Al tiempo, el cambio al euro ha elevado los precios del tapeo y los menús hasta la cara desconocida de la luna. Cada vez más, la tasca más sencilla acepta tarjetas de crédito, ¡por algo será!

Nombres para recordar

De entre los cientos que hay por toda la ciudad, y sin querer sentar cátedra de nada, les proponemos un listado de locales donde hoy reinan las tapas:

Tradicionales:

Quimet i Quimet, tan clásico como la terraza de Els Tres Tombs, frente al mercado de Sant Antoni, o el Pinotxo y el Quim, ambos en el mercado de la Boquería. Sin salirnos de Ciutat Vella, y en un estilo bien diferente, está el histórico Els Quatre Gats. En el Eixample, La Bodegueta; en Gràcia, Casajuana; en Sant Gervasi, junto al Turó Parc, Casa Tejada y el Bar Cherpi. En Sant Andreu, la taberna Can Roca, y en Horta, el Quimet.

Nuevos, pero de gustos tradicionales:

En el Eixample, Paco Meralgo, Ciudad Condal y Capritx. En el Gòtic, Taller de Tapas. En el Born, Lonja de Tapas.

Los vascos:

A los clásicos del entorno Sicília/Gran Via, Udala, Jaizkibel, El Chato, etc., se fueron sumando Txakolin, Euskal Etxea, Taktika Berri, y las cadenas Lizarran, Sagardi... Hoy se cuentan por docenas: Golfo de Bizkaia, en el Born; Bilbao Berria, junto a la Catedral; Txalaparta, en Sants, etc.

Las obras de las dos primeras líneas del **Metro de Barcelona** comenzaron en [1920](#). La primera línea, con el nombre de **Gran Metropolitano de Barcelona** (*Gran Metro*) (embrión de la posterior [línea 3](#)), inauguró en [1924](#) su primer tramo, que unía la [Plaza de Cataluña](#) y la [Plaza de Lesseps](#). Dos años más tarde entró el servicio la línea del **Ferrocarril Metropolitano Transversal de Barcelona** (*Metro Transversal*), entre [Bordeta](#) y [Cataluña](#) (la posterior [línea 1](#)) que fue construida con motivo de la [Exposición Internacional](#) de Barcelona de [1929](#), uniendo el centro de la ciudad con el recinto de la exposición, en la [Plaza de España](#) y [Montjuïc](#).

Desde [2007](#) la red tiene **150** estaciones y **115** kilómetros de extensión. Es una red con ciertas peculiaridades ya que si bien la [línea 1](#) tiene el ancho de vía de 1.674 mm (antiguo ancho ibérico) en el resto de las líneas el ancho es de 1.435 mm (ancho internacional). Del total de estaciones, 30 tienen correspondencias, lo que supone 14 conexiones entre líneas, 9 enlazan con [Rodalies Renfe](#), 4 con [FGC](#) y 1 con el Funicular de [Montjuïc](#). La distancia media entre estaciones es de 650 m. Prácticamente la totalidad de las líneas discurren bajo tierra, excepto pequeños tramos en superficie de las líneas [1](#), la [5](#) y la [11](#).

Cuenta con 9 líneas gestionadas por dos operadores diferentes ([TMB](#) y [FGC](#)) y con tarifas integradas (excepto el billete sencillo) dentro del sistema creado por la Autoridad del Transporte Metropolitano ([ATM](#)) que incluye también autobuses urbanos e interurbanos, [tranvía](#) y [trenes de cercanías](#) dentro del área metropolitana de Barcelona.

Como consecuencia de la aprobación del Código de Accesibilidad mediante el Decreto 135/1995 de 24 de marzo, toda la red de metro y ferrocarril suburbano ha de ser accesible a las personas de movilidad reducida. Desde el año [2006](#) numerosas estaciones están siendo adaptadas con la instalación de ascensores en al menos uno de los accesos y adaptando los andenes a la altura de las puertas de los convoyes. Este objetivo fue marcado con muy buena intención y si sigue a este ritmo en 5 años toda la red de metro estará adaptada para personas con discapacidad física.



Barcelona metro - Metro en Barcelona la red de metro

Dentro de la ciudad hay dos empresas que ofrecen un servicio de metro. La compañía municipal **Ferrocarril Metropolità de Barcelona** explota 5 líneas de metro que forman una red de 81 km. Casi la totalidad de la red es subterránea y tiene 111 estaciones. Aparte de estas líneas, **Ferrocarrils de la Generalitat de Catalunya** (FGC) ofrece una servicio urbano y suburbano desde su terminal en Plaça Catalunya. 7 km de su red (las líneas U6 y U7) pueden considerarse metros con trenes cada 6 minutos. Los trenes suburbanos de **FGC** dan servicio a ciudades como Sant Cugat, Terrassa o Sabadell cada 6-12 minutos (Metro del Vallès). Otra línea de FGC, de vía métrica, sale de Plaça Espanya y llega a Sant Boi, Sant Andreu de la Barca y Martorell (Metro del Baix Llobregat), con trenes cada 5-15 minutos. Además, Renfe explota cuatro líneas de cercanías (Rodalies) en el área metropolitana de Barcelona. Tanto las vías de Renfe como las de FGC son soterradas en su mayoría dentro de la ciudad de Barcelona. La línea de metro de Barcelona es uno de los más largos del mundo despues de Londres, Moscou, Paris, Berlin, Madrid, Stockholm y Saint Petersburg. Los trenes son normalmente de 5 coches, equipados con aire acondicionado.

